

Sociedad y memoria colectiva en Argentina: un caso ejemplar

Jorge Belinsky

«‘Yo he hecho eso’, dice mi memoria. ‘Yo no puedo haber hecho eso’ –dice mi orgullo y permanece inflexible. Al final, la memoria cede». Este conocido aforismo de Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*, precisa aquí dos matizaciones. En primer lugar, no siempre el orgullo triunfa en el conflicto de intereses. Muchas veces la memoria reconoce algo que puede no ser motivo de «orgullo»; culpa y vergüenza son parte de cualquier vínculo social, al mismo título que los «bienes narcisistas», como muestra Freud en *El malestar en la cultura*. Además, el conflicto no parece desarrollarse entre memoria y orgullo, sino como algo interior del campo de la memoria, pilar en la construcción de la identidad social, una identidad que reposa en la articulación del campo de experiencias y el horizonte de expectativas que, según Reinhart Koselleck, toda formación social supone.

El aforismo nietzscheano, con las matizaciones propuestas, adquiere especial relevancia cuando lo que está en juego no concierne sólo al contenido de la historia, sino a su continente, es decir a sus fronteras y, más precisamente, a lo que ocurre cuando éstas se rompen bajo el impacto de la destructividad y el odio. Esas fronteras dan a los pactos sociales su forma fundacional y tienen que ver –no exclusivamente, pero sí de un modo muy importante– con el ejercicio de la violencia en sus relaciones con la legalidad y la legitimidad; estas relaciones suponen el control de la violencia y por tanto están vinculadas con los mecanismos que aseguran los fines de la justicia en un sentido muy amplio.

Cuando las fronteras se rompen del todo (y no en puntos o sectores acotados) la sociedad se ve arrastrada a las consecuencias de una fractura brutal. Esto implica varias cosas. Así el aforismo de Nietzsche queda relativizado por una pregunta de naturaleza genérica que afecta en realidad a la humanidad entera: «¿cómo pudo eso haber ocurrido»? Entonces el trabajo de la memoria deja de ser algo tejido a distancia de la conciencia social, para convertirse en perentoriamente central. Ese trabajo no sólo supone una historia reescrita, que incluye un capítulo de dolor, de vergüenza y de

culpa, sino que debe restaurar las fronteras rotas y fundar de nuevo el pacto social sobre una reflexión de naturaleza ética; en este último aspecto, la historia reescrita se torna discurso político del presente y el futuro.

El siglo XX ha sido pródigo en fronteras rotas y violencias desatadas, de las que la Alemania nazi sigue siendo el paradigma. En lo que sigue me interesa mostrar cómo esta cuestión es explorada por el historiador Hugo Vezzetti¹ de manera ejemplar, a propósito de la dictadura militar argentina del período comprendido entre 1976 y 1983. He subrayado la palabra ejemplar porque, aunque se ocupa de una situación concreta y acotada, el alcance de sus análisis puede ser trasladado a otras situaciones.

En un breve y cuidadoso prólogo, Vezzetti delimita su objetivo: explorar «un acontecimiento y una experiencia únicos, el terrorismo de estado en tanto nombra una situación límite, distinta por sus condiciones, su ejecución y sus consecuencias de otras dictaduras argentinas». A modo de inicio destaca una tesis: el «Proceso» –nombre con el que se designó la dictadura militar en cuestión– tuvo un efecto devastador sobre el conjunto de la sociedad argentina, a la que llevó a situaciones extremas de desintegración y alienación, cuyo núcleo más terrible se cifra en la tragedia de los desaparecidos².

Para llevar adelante su investigación, Vezzetti apela a un concepto deliberadamente difuso: el de experiencia social, que permite indagar en las producciones imaginarias cuya eficacia no es la de algo derivado o segundo respecto de los acontecimientos, sino que trama estrechamente con ellos la materia a investigar, la memoria social; más precisamente, el trabajo que esa memoria supone. Lo que implica, y Vezzetti lo señala con claridad, tres hipótesis previas. En primer lugar, y en términos cronológicos, el trabajo de esa memoria comienza mucho antes del Proceso y se extiende hasta el presente en el cual el libro se sitúa e incluso hacia el porvenir como horizonte de expectativas. Además, no se trata de una memoria única; estamos

¹ Después de la masacre. Guerra, dictadura y sociedad (*Siglo XXI, Buenos Aires, en prensa*). Todos los pasajes entrecomillados que no remitan a libros citados en nota al pie corresponden al ensayo de Vezzetti.

² Precedida por una ola de violencia guerrillera que a lo largo de los años setenta costó entre setecientas y mil víctimas mortales (véase Prudencio García, *El drama de la autonomía militar, Alianza, Madrid, 1995*), la dictadura que tomó el poder el 24 de marzo de 1976 y que su autotítulo «Proceso de Reorganización Nacional» causó, entre muertos y desaparecidos, una cifra difícil de determinar. En 1983-85 la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) nombrada por Raúl Alfonsín, recabó datos fiables de la desaparición de 9000 víctimas. Las posteriores investigaciones han permitido aumentar la cifra, que actualmente oscila entre quince y veinticinco mil personas dsaparecidas en cinco años. Véase Prudencio García, *op. cit.* Hay otras organizaciones, como la Fahrenheit, que aumentan la cifra hasta treinta mil.

siempre ante un juego múltiple y en ningún caso las diversas memorias, más allá de la cuestión de su uso adecuado, para decirlo en los términos de Todorov³, son algo ya configurado y a disposición del investigador; al contrario, se trata de memorias *in fieri*, de estados de la memoria, lo que hace más difícil la tarea del investigador. Esa dificultad conduce a la tercera y última cuestión: los fines de la investigación deciden del uso de la memoria, no porque la subordine a ellos, sino porque ella misma contiene un componente intelectual, que apunta a entender lo que pasó y no debió haber pasado, y un elemento ético, que eleva ese saber a un cuestionamiento que la sociedad debe hacer de su historia.

Para Vezzetti no se trata de trabajar desde un supuesto exterior sobre algo ya fijado, ni desde el interior de una memoria vivida acríticamente. Se trata de un trabajo, gobernado por el eje del juicio a las Juntas Militares⁴, con la memoria y sobre la memoria; pero también contra ella, para que no caiga en ninguno de los peligros simétricos que la amenazan: «separarse de dos formas de negación de la tragedia: una es la que propone dar vuelta la página, la otra pretende retomar el combate en la misma escena congelada».

El investigador, con sus recuerdos y sus esperanzas, es parte del objeto investigado, lo que constituye una complicación adicional, aunque también un beneficio. Y, en la misma línea, el objeto de la investigación –la sociedad entera– es parte del terror al que fue sometido. De ahí que la exposición suponga una puesta al día de esa experiencia y un legado; se trata de «el futuro de la memoria, es decir la transmisión de una experiencia a quienes no formaron parte de ella».

Esos tramos son presentados como escenas donde se juegan las responsabilidades de los diversos agentes e instituciones, y donde lo esencial desde la perspectiva propuesta por Vezzetti es la responsabilidad moral entendida en el sentido de Karl Jaspers: «Siempre que realizo acciones como individuo tengo [...] responsabilidad moral, la tengo por lo tanto por todas las acciones que llevo a cabo, incluidas las políticas y las militares»⁵. Se destaca, en este sentido, el retraso de la escena pública y de los políticos frente a la acción de los familiares de las víctimas, iniciada

³ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós asterisco, número 3.

⁴ *El juicio a las Juntas Militares se celebró tras las primeras elecciones democráticas durante 1985 ante la Cámara Federal de Apelaciones de Buenos Aires. y con observadores internacionales. Fueron condenados a cadena perpetua Videla y Massera y a penas variables algunos miembros de la primera y segunda Junta. A pesar de indultos y amnistías posteriores, que en ningún caso cuestionan la validez del juicio, la investigación sigue en marcha dado que el secuestro y robo de niños fue declarado imprescriptible.*

⁵ Karl Jaspers (1965), *El problema de la culpa*, traducción de Román Gutiérrez Cuartango (Paidós, Barcelona, 1998), p. 53.

en 1977, durante los años más terribles del «Proceso». Esto supone que incluso la iniciativa del juicio a las Juntas Militares, una iniciativa sin precedentes en la historia mundial contemporánea, tuvo que ser tomada por el presidente Raúl Alfonsín al margen de las estructuras políticas de su propio partido.

El libro continúa con un examen de las representaciones, conscientes e inconscientes, que gobernaron el «Proceso de Reorganización Nacional». Se trata pues de una exploración del campo de lo ideológico, en un sentido amplio, y de lo imaginario, entendido como esa potencia representacional que apoyó el proyecto. La fuerza de esas representaciones sociales era tan grande como para dar lugar a construcciones imaginarias capaces de dominar la escena política y social, incluso cuando se alejaban sensiblemente de las experiencias reales; se condensaban allí mesianismos de signo diverso con imágenes y mitos del pasado que acabaron instalando esa férrea y terrible «unidad imaginaria que es previa a las instituciones y a las leyes». Lo cual exigía una operación de extraordinaria violencia: suprimir unas y otras en nombre de esa unidad.

Con gran agudeza, Vezzetti destaca dos aspectos en sus reflexiones acerca de la instauración de la dictadura militar y el carácter brutalmente traumático que tuvo. Por un lado, los acontecimientos previos que, rompiendo de un modo u otro el orden institucional, tuvieron también un efecto traumático y, por consiguiente, deben considerarse como el marco en el cual la dictadura se instaló. Por otro, la dictadura fue cívico-militar y en ningún momento operó desde fuera de la sociedad, sino en su seno mismo, es decir contando con adhesiones y aquiescencias de diverso grado. No admitir esto supone aceptar la falsa imagen de una sociedad inerme frente a agentes exteriores enfrentados en una guerra de la cual la sociedad civil habría sido campo de batalla y cuerpo inocente. Para entender entonces lo que ocurrió y valorar con justicia sus efectos hay que desprenderse de la idea simplista de una intervención militar en el seno de una sociedad civil pasiva: «Algo es evidente: la intervención de las fuerzas armadas fue política antes que militar. Y es en el escenario de la política o si se quiere del derrumbe y la degradación de la política (que los militares no construyeron solos), en condiciones que venían del pasado, donde hay que situar cualquier intento de entender el papel jugado por las representaciones de una guerra que se proyectaba como una lápida sobre la escena colectiva».

«El blanco y el negro no son los colores de la historia, su diseño no es el de un tablero de ajedrez; el color de la historia es el gris con infinitas variaciones»; así concluye el historiador Thomas Nipperdey su estudio sobre la